

Todos los problemas, los titubeos que acabamos de contemplar, suponen que los judíos se sentían libres de abandonar el destierro y volver a su patria. En efecto la tenían. Se supuso más adelante que Ciro, al día siguiente de su victoria, queriendo rendir tributo al Dios que se la había hecho ganar, publicó solemnemente un edicto para la libertad de Israel y para la reconstrucción del templo, mandando devolver a Israel los vasos sagrados que Nabucodonosor se había llevado. Ése es el primer ejemplo de los edictos apócrifos que abundan tanto en la historiografía judía de los tiempos bajos. Lo más probable es que Ciro no pensara nunca en los judíos, ni apenas oyera hablar de ellos. Pero ciertamente el orden nuevo inaugurado por Ciro devolvió la libertad a Israel. La prohibición de regresar no tuvo que ser anulada por ningún edicto nuevo. El triunfo de persas y medos devolvía por sí mismo la independencia a todos los cautivos. Indudablemente empezaron por organizarse grupos aislados. El camino por Circesium y Ribla duraba lo menos tres meses. Los peligros del viaje, en el estado en que se encontraba Oriente, debían de ser muy grandes. Pronto se comprendió la necesidad de grandes caravanas. Se prepararon dos expediciones principales, guiadas por príncipes pertenecientes a la familia de David. Como jefe de la primera figuró Sesbarsar, hijo de Joiakin. Ésta fue la primera que llegó a Jerusalén, y, según la tradición, a Sesbarsar corresponde el honor de la restauración del templo y la ciudad.

Sin embargo, la caravana que fundó decididamente el nuevo orden de cosas fue la guiada por Zorobabel, nieto de Joiakin, unido con el sacerdote Josué, jefe de los sadokitas. A Zorobabel lo reconoció oficialmente la autoridad persa. Tenía el título persa de *peha* o *tirsata*. Josué le superaba en capacidad. Pudo preverse que el sacerdote acabaría suplantando a este superviviente de una dinastía perdida, que sólo a fuerza de habilidad podría sacar partido de una situación tan insignificante.

La partida de Zorobabel debió suceder el año 535. El número de los viajeros no sería muy considerable. Cincuenta y tres años habían pasado desde la gran deportación. Algunos de los desterrados de Nabucodonosor vivían aún y formaban parte de la caravana.

La lista de los viajeros se conservó, pero con muchas faltas y variantes. Abundaban los sacerdotes y levitas o siervos sacerdotales. Figuran en la lista gentes de los pueblos caldeos cercanos a Babilonia, que creyendo en la invitación de los profetas se sumaban a los israelitas. Varias familias quisieron hacerse pasar por sacerdotes, pero no pudieron presentar títulos para ello. La muchedumbre de esclavos, caballos, mulos, asnos y camellos fue considerable. Doscientos cantores y cantoras, mencionados separadamente de los levitas, y distintos por consiguiente de los cantores sagrados, parece que acompañaron la marcha. No había carneros ni animales astados, hecho que demuestra que los agricultores eran escasos entre los que volvían.

En esta ocasión fue total la eliminación de los indiferentes. Cuantos no eran pietistas ardorosos, absolutamente convencidos de la fidelidad de Jehová a sus promesas, se quedaron en Babilonia. Puros eran todos

los que se encaminaban a lo largo del Éufrates y por los desiertos de Siria. Jeremías y Ezequiel habían logrado su objetivo. La piedad se había decuplicado en Israel. A través de mil trastornos, purificaciones, destierros y selecciones sin fin, se apartaba el personal exigido por la obra divina. Quedaba completa la eliminación de la escoria. Ninguna atención política distraerá a Judá de su vocación. Ya se encamina la tropa de santos que realizará el ideal soñado por dos siglos de puritanos. Este fue el más bello triunfo de la fe o la mejor prueba de cuán poderosamente constituido estaba el judaísmo desde Josías. El gran amor es el único que hace esos milagros. Si la colina de Sion no hubiera sido poderosamente armada durante cien años, no habría ejercido tal atracción. No se habrían visto fanáticos que movieran masas enteras, arrastrándolas a través del desierto, con la seguridad de mil privaciones en el trayecto, y la perspectiva de una miseria sombría a la llegada.

*Cantate Domino canticum novum.* Así fue el canto inaugural de la era que iba a empezar. La pobre humanidad necesita decir que entona un cántico nuevo cuando muchas veces no hace más que repetir cantos antiguos. Ningún pueblo ha vivido por la esperanza tanto como el judío. El judaísmo y el cristianismo naciente son las religiones de la esperanza obstinada, persistente a pesar de todas las contrariedades. La salida de Babilonia fue la esperanza llevada hasta la locura, y resultó que la locura fue, una vez más, buena consejera, a lo menos desde el punto de vista de los intereses generales del mundo. Puede decirse que entonces sonó la hora solemne en la historia del judaísmo, la hora decisiva de la vida y la muerte. Si no se hubiera realizado el regreso, Judá hubiera sufrido la suerte de Israel. Se habría fundido en el Oriente, y el cristianismo no habría existido, y se habrían perdido los escritos hebreos, y nada conoceríamos de aquellas historias extrañas que son nuestro encanto y consuelo. La caravana que atravesaba el desierto llevaba consigo el porvenir: fundaba de modo definitivo la religión de la humanidad.